

La barbarie entra a la Casa Blanca

21 de enero de 2025



Por Sungur Savran

En Estados Unidos, la toma de posesión de un presidente recién elegido, que ocurre cada cuatro años el 20 de enero después de las elecciones de noviembre, es un evento importante. Sin embargo, los dignatarios extranjeros generalmente no son invitados. Donald Trump rompió esta tradición al invitar a funcionarios de estados extranjeros y otras personas a la ceremonia de “inauguración”. En nuestro artículo anterior argumentamos que calificar el enfoque político de Trump, resumido en el eslogan *MAGA* (Make America Great Again), como «aislacionista» carece de fundamento. Aquí resulta evidente una vez más: Trump no es “aislacionista”; iél es un fascista!

Antes de decir: “¡Qué tontería! ¿Por qué alguien que invita a extranjeros debería ser calificado de fascista?”, miremos más de cerca a quién ha invitado Trump. En representación del patio trasero de Estados Unidos, América Latina, estará “el loco” argentino, Javier Milei. Él se autodenomina “anarcocapitalista”, pero en realidad es un “fascista neoliberal”. Trump probablemente se inspiró en este loco para crear una nueva institución llamada DOGE, encargada de realizar recortes masivos a los gastos estatales y encabezada por dos multimillonarios, Elon Musk y Vivek Ramaswamy. Milei, después de todo, había prometido dismantelar los ministerios como si rompiera un trozo de papel, y ahora ha dejado a su

pueblo muriendo de hambre. También fueron invitados otros vulgares líderes de derecha de América Latina; sin embargo, el más notable es el ex presidente protofascista de Brasil, Jair Bolsonaro. Al igual que Trump, Bolsonaro incitó a sus seguidores al irrumpir en el palacio presidencial, el parlamento y la Corte Suprema (los centros de los tres poderes principales del gobierno) después de perder su candidatura a un segundo mandato. Bolsonaro probablemente deseaba asistir; su corazón latía con el fervor de la camaradería fascista, pero, debido a ese intento de golpe, tiene prohibido salir del país.

Pasemos a Europa Occidental, el principal aliado de Estados Unidos dentro de la profunda hermandad imperialista de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), establecida después de la Segunda Guerra Mundial. La invitada de honor es la primera ministra italiana, Giorgia Meloni. Es la líder del partido Fratelli d'Italia (Hermanos de Italia), sucesor del partido de Benito Mussolini, el dictador de entreguerras que dio al fascismo su nombre duradero. ¡Ella representará a los países de la Unión Europea! ¿No es eso suficiente? Incluyamos a un representante del fascismo de Europa del Este. También estará presente Viktor Orbán, el primer ministro de Hungría, a quien Trump elogió recientemente como "primer ministro de Turquía". ¿Aún no es suficiente? Del Reino Unido, el invitado no es un funcionario estatal sino Nigel Farage, el comandante triunfante del Brexit y el brillante líder del partido protofascista más fuerte de Gran Bretaña. Por si eso aún no fuera suficiente, Francia también estará representada por las estrellas de su segunda facción fascista más prominente: Éric Zemmour y Marion Maréchal, la sobrina de Marine Le Pen, la principal figura de extrema derecha de Francia. Zemmour y Maréchal han unido fuerzas en el movimiento Reconquête (Reconquista). Los protofascistas de la Península Ibérica también estarán representados: asistirán líderes del partido español Vox y del partido portugués Chega. ¡Aquí están los representantes de su querida "civilización

europaea"! Celebre, ison dignos de su admiración!

¿Qué pasa con Asia?, cabe preguntarse. Por supuesto, Asia no está ausente. El principal líder del proto fascismo asiático (y posiblemente del fascismo propiamente dicho), Narendra Modi, también asistirá a la ceremonia de inauguración.

Naturalmente, el vecino Canadá no ha sido invitado. iya se le considera como el estado número 51!

Aquellos que fallan en reconocer el fascismo

El distintivo estatus de Trump como (proto)fascista y su estrategia para fomentar el desarrollo del fascismo a escala internacional quedan muy claros en esta última maniobra. Como bien saben muchos de nuestros lectores, hemos estado escribiendo desde la elección de Trump en 2016 que representa una forma de "fascismo impredecible". Si bien tiene características únicas, siempre hemos enfatizado que saltó a la fama como miembro de esta familia protofascista internacional. Para aquellos que quizás no estén familiarizados, revisemos algunos puntos clave.

A diferencia de casi todos los partidos políticos e intelectuales de la izquierda anglosajona (con la excepción de unas pocas figuras excepcionales), identificamos^[1] a Trump como parte de esta familia protofascista desde el principio. Basándonos en esto, predijimos con precisión en 2016 que ganaría las elecciones contra Hillary Clinton (mientras el consenso de moda era que "no podría ganar"). Tras su victoria, nos opusimos firmemente al ingenuo consuelo de que "es un excéntrico; con el tiempo se normalizará", destacando, en cambio, que Trump se involucraría cada vez más en prácticas abiertamente fascistas.

Incluso cuando Trump describió a una turba de racistas, incluidos varios fascistas, miembros del Ku Klux Klan y el llamado Partido Nazi estadounidense, como "buenas personas",

muchos no lograron despertar. Durante el levantamiento nacional desencadenado por el asesinato deliberado de George Floyd a manos de la policía (posiblemente el movimiento de masas más grande en la historia de Estados Unidos), Trump desplegó a la Guardia Nacional contra el público e incluso organizó una visita a la iglesia para dramatizar su postura. Esto todavía no logró abrir los ojos a nadie. (Irónicamente, los mismos grupos ahora temen la posibilidad de que Trump invoque la Ley de Insurrección, una ley del siglo XIX que permite a los militares reprimir levantamientos internos, ipero no han movido un dedo para evitar tal perspectiva!). En todos estos temas, proporcionamos evidencia concreta para apoyar nuestra identificación del protofascismo.

A lo largo del primer mandato de Trump, los intelectuales no solo de los países anglosajones como Estados Unidos, el Reino Unido, Canadá y Australia, sino también de Europa continental (y, por supuesto, los intelectuales de salón de Turquía, haciéndose eco de estos centros, especialmente los liberales de izquierda), persistieron en describir Las acciones de Trump como mero “populismo”.

Sin embargo, después de que Trump perdió la campaña electoral ante Biden y lanzó una campaña negacionista, que culminó con el motín del Capitolio del 6 de enero de 2021 (el asalto al cuerpo legislativo, el Congreso), estos mismos grupos de repente se unieron al coro burgués, gritando “ifascismo!”. De la noche a la mañana, se alejaron del estribillo del “populismo”. En Turquía, por ejemplo, la revista *Birikim*, principal portavoz del liberalismo de izquierda, que hasta entonces había repetido como un loro la narrativa populista, publicó un número especial sobre el fascismo en su primera edición (doble) posterior al 6 de enero (números 382–383, febrero-marzo de 2021). Cambios similares se produjeron entre los intelectuales de Estados Unidos y otras capitales imperialistas.

Sin embargo, no se debe suponer que esta negación del fascismo

se limitó a los liberales de izquierda o a la izquierda posleninista. También estaba muy extendida entre quienes todavía suscriben una versión revolucionaria del marxismo. Por ejemplo, esta negación era evidente entre los intelectuales del mayor partido socialista del Reino Unido, el SWP, y entre los trotskistas italianos. En 2018, durante una conferencia internacional en Buenos Aires organizada por el partido revolucionario argentino *Partido Obrero*, entonces parte del mismo movimiento internacional que nuestro propio partido, sus principales portavoces rechazaron pomposamente una resolución que propusimos sobre el ascenso del movimiento protofascista en toda Europa y otros países imperialistas y algunas otras regiones. En otras palabras, este error de juicio fue casi universal.

Como Partido Revolucionario de los Trabajadores (DIP – Devrimci İşçi Partisi), habiendo identificado la naturaleza protofascista de Trump durante los últimos cuatro años, pudimos prever la posibilidad de que las rabietas postelectorales se convirtieran en estallidos violentos. La literatura de nuestro partido, tanto en turco como en inglés, está llena de advertencias de este tipo. (Aquí^[2] se puede leer un resumen de la literatura del 6 de enero antes del evento). A medida que se acercaba el 6 de enero, expresamos explícitamente nuestras preocupaciones. ¡Este es el poder de la ciencia marxista! Y al final sucedió lo inevitable.

Algunos lectores pueden preguntar: «¿Qué importa?». La humanidad, en todas sus acciones, se basa en predicciones sobre el futuro cercano o lejano. Cuando cruzas la calle en un semáforo en rojo, estás haciendo una predicción de que ningún coche te atropellará. Si tu predicción es incorrecta, quedarás destrozado. De manera similar, un error de cálculo sobre el 6 de enero podría haber tenido consecuencias devastadoras para la clase trabajadora y la izquierda estadounidenses. El hecho de que no lo hiciera se debe a la falta de organización adecuada en el lado opuesto. Sin embargo, la izquierda

estadounidense, que no comprendió en absoluto la situación, no se molestó en evaluar las fortalezas y debilidades del movimiento MAGA de Trump y, por lo tanto, quedó indefensa. No se tomaron precauciones. Fue pura suerte (o, más bien, las debilidades del campo MAGA, para repetirlo) lo que salvó a la izquierda y al pueblo estadounidense de una importante escalada fascista.

Por lo tanto, un análisis y una identificación precisos son vitales para la política revolucionaria de la clase trabajadora. Quienes no analicen correctamente tampoco tomarán las precauciones necesarias.

La barbarie, mucho más fuerte esta vez

Mientras Trump se prepara para regresar a la Casa Blanca para un segundo mandato, Estados Unidos, MAGA y el propio Trump exhiben características muy diferentes en comparación con su primer mandato. El mundo también ha cambiado. Sin conciencia de estas diferencias, la clase trabajadora estadounidense y la izquierda quedarán indefensas ante un desastre histórico. Repasemos rápidamente las diferencias clave entre los dos períodos.

Nos centraremos solo en los factores más críticos. El primer punto es que, a diferencia de antes, la base política de Trump (el Partido Republicano) ahora ha asegurado el dominio en las tres ramas del gobierno. Cuando Trump asumió el cargo en 2017, el poder legislativo, el Congreso, no estaba bajo control republicano. De manera similar, la Corte Suprema, a menudo el poder decisivo bajo ciertas condiciones en Estados Unidos, parecía dividida equitativamente entre los dos bandos. Ahora, sin embargo, los republicanos tienen mayoría en ambas cámaras del Congreso (el Senado y la Cámara de Representantes), lo que deja a los demócratas en minoría. En la Corte Suprema, gracias a los nombramientos de Trump durante su primer mandato, el número de jueces alineados con Trump ha aumentado a seis de nueve, mientras que la oposición tiene solo tres votos. Una

mayoría de 6 a 3 es significativa; para que el tribunal falle en contra de Trump, dos jueces de su bando tendrían que romper filas. Esto le da a Trump la capacidad de implementar políticas con facilidad, no solo a través de órdenes ejecutivas sino también promulgando leyes y obteniendo el respaldo de la Corte Suprema para esta legislación y su práctica. Esta realidad objetiva hace que una segunda administración Trump sea mucho más fuerte que la primera.

Además, es probable que el Partido Demócrata enfrente una crisis interna para recuperarse de sus heridas. En la tradición estadounidense, los partidos no suelen centrarse en líderes individuales. Sin embargo, pronto comenzarán las discusiones y debates sobre posibles candidatos demócratas. Mantener a una figura anciana y fracasada al mando del campo de batalla político hasta apenas unos meses antes de las elecciones es un error político sin precedentes. Incluso cuando Biden asumió el cargo por primera vez, había signos de declive relacionados con la edad. A menudo comentamos a nuestros camaradas que la elección de Kamala Harris como vicepresidenta fue un error importante. Harris, aparte de su carrera como fiscal, tenía una participación mínima en la política o la maquinaria del partido. Ella no era alguien que se hubiera ganado la confianza del público estadounidense a través de años de servicio, como el de un senador. En todos los aspectos, ella era una *outsider*. Como vicepresidenta, tuvo un desempeño mediocre. Si Biden hubiera fallecido a mitad de mandato, el ascenso de Harris le habría dado a Trump una ventaja significativa. Si bien este escenario no ocurrió, Harris finalmente demostró sus debilidades cuando llegaron las elecciones. A pesar de haber sido anunciada prematuramente como candidata antes de la convención del partido, la nominación de Harris estuvo acompañada de un aumento sin precedentes en las donaciones, creando una falsa impresión de igualdad de cara a las elecciones. Esta fachada, sin embargo, se derrumbó el 5 de noviembre cuando Trump ganó decisivamente. El Partido Demócrata se enfrenta ahora a un difícil ajuste de

cuentas, que probablemente se centrará principalmente en cuestiones internas durante al menos los dos primeros años, hasta las elecciones de mitad de período de 2026. Los madrugadores ganan más terreno.

La segunda diferencia importante radica en las actitudes cambiantes del público estadounidense hacia los demócratas. Su abandono del Partido Demócrata no se debe únicamente a que confiaron el país a un presidente en deterioro cognitivo. El Partido Demócrata es cada vez más percibido como ***un partido de Wall Street***. Una porción cada vez mayor de la clase trabajadora, particularmente las comunidades de inmigrantes latinos y los jóvenes afroamericanos, recurrieron a Trump en esta elección, a pesar de su abierto racismo.

Este cambio no se limita a la clase trabajadora. Dentro de la burguesía también se ha producido una avalancha. En 2016 y durante su primer mandato, Trump contó con el apoyo de sectores más tradicionales del capital, como aquellos que se beneficiaban de políticas proteccionistas (por ejemplo, el acero) o de la falta de regulación ecológica (por ejemplo, el petróleo y el gas natural). Sin embargo, en los últimos cuatro años, la competencia con China se ha intensificado, atrayendo a sectores tecnológicamente avanzados y globalmente activos al campo de Trump. Para simplificar: Silicon Valley, que alguna vez se alineó con los intereses globalistas, ahora respalda en gran medida a Trump. Elon Musk es el ejemplo más destacado, aunque otros como Mark Zuckerberg y el director ejecutivo de Microsoft, Bill Gates, también se están acercando al bando de Trump. Jeff Bezos, que alguna vez fue un liberal globalista, ha ido cambiando gradualmente la postura del *Washington Post* hacia el trumpismo. Con estos magnates de su lado, Trump va camino de convertirse en el representante de la mayoría del capital estadounidense. Incluso el director ejecutivo de OpenAI abogó recientemente por el apoyo estatal para contrarrestar los avances de China en inteligencia artificial, lo que indica un cambio hacia políticas nacionalistas dentro

del sector tecnológico.

En tercer lugar, las políticas de Trump durante su primer mandato, en muchos casos, han sido adoptadas e incluso intensificadas por la administración Biden. Los aranceles impuestos por Trump no solo a China sino también a aliados como México, Canadá y países europeos se han mantenido en gran medida. Además, Biden introdujo importantes incentivos para reubicar la producción de bienes estratégicamente vitales, como los microchips. En la política de inmigración, las duras medidas de Trump se suavizaron ligeramente maquilladas, pero luego se volvieron aún más estrictas bajo el gobierno de Biden. Estos acontecimientos equivalen a un **cambio tectónico**: indican que el ala globalista de la burguesía ha adoptado parcialmente las políticas del ala nacionalista-fascista, una realidad que objetivamente fortalece a Trump.

Cuarto, la naturaleza del movimiento MAGA ha evolucionado. Inicialmente, Trump no comandaba un partido disciplinado ni una fuerza paramilitar, ambos esenciales para un líder fascista. Sin embargo, a lo largo de los años, Trump ha transformado al Partido Republicano en un aparato MAGA. Si bien todavía no es un partido fascista estrechamente organizado, se han logrado avances. De manera similar, si bien el MAGA carece de una estructura paramilitar, ha sentado las bases para desarrollos futuros.

Por último, Trump, que antes era un novato político, se ha vuelto mucho más experimentado. Ahora lo rodea un equipo impulsado por la codicia y la rabia, que refuerza el ego inflado y las ambiciones imprudentes de Trump. Trump, que ya es propenso a la impulsividad, es probable que actúe con rapidez y agresividad, especialmente dada su avanzada edad. Creemos que Trump podría aspirar a un tercer mandato, a pesar de la importante reacción que esto generaría. Pero cualesquiera que sean las perspectivas de un tercer mandato, su sentido de urgencia probablemente impulse una acción rápida y decisiva.

Perspectivas y contradicciones

Anteriormente hemos discutido en detalle qué tipo de barbarie implica el fascismo. Los lectores interesados en comprender la sustancia del concepto de “barbarie” mencionado en el título de este artículo pueden consultar esa fuente^[3]. Por otro lado, es prematuro especular (ya sea a través de escenarios alternativos o de otra manera) sobre la estrategia precisa de Trump, sus áreas prioritarias y las medidas y movimientos que adoptará antes de que el movimiento MAGA articule plenamente sus prioridades tácticas y estratégicas. Sin embargo, a corto plazo, algunas medidas críticas se pueden resumir de la siguiente manera:

- Fortalecer las protecciones arancelarias contra China de inmediato y contra sus aliados de manera más gradual;
- Iniciar la implementación de la política de deportación masiva propuesta anteriormente respecto de inmigrantes y solicitantes de asilo;
- Recortar significativamente los programas de servicios sociales bajo el liderazgo del dúo Musk/Ramaswamy;
- Plantear temas controvertidos como Panamá, Groenlandia y Canadá;
- Imponer al menos algunas restricciones a los grupos homosexuales y trans;
- Procesar a ciertos funcionarios públicos por supuestamente usar su autoridad para servir a los intereses del Partido Demócrata y buscar venganza contra figuras influyentes anti-Trump, liberales o globalistas;
- Introducir nuevas tasas impositivas bajas y exenciones para los ricos, junto con límites superiores;
- Reducir las medidas ecológicas y emprender proyectos que aumenten las emisiones de carbono.

No podemos llegar a conclusiones sustanciales sobre la trayectoria amplia de los acontecimientos sin comprender la

postura de Trump sobre cuestiones importantes envueltas en incertidumbre, como la guerra de Ucrania, el genocidio en Gaza y las tensiones con China. Como mínimo, hasta que surjan algunas pistas, será imposible predecir la forma general de los acontecimientos. Sin embargo, parece seguro que tanto a nivel nacional como internacional se tomarán una serie de medidas que pueden calificarse de “sanguinarias”.

Algunas de estas medidas generarán importantes contradicciones. Por ejemplo, los recortes a los servicios sociales encabezados por la entidad Musk/Ramaswamy (conocida como DOGE) podrían desencadenar luchas sustanciales, lo que podría poner al movimiento sindical en oposición directa a Trump. Esto podría llevar a Trump a intentar remodelar el movimiento sindical o su liderazgo. De manera similar, la iniciativa de deportación masiva probablemente resultaría en graves violaciones de derechos humanos. Por ejemplo, durante el primer mandato de Trump, la separación forzosa de padres y niños pequeños, con los niños retenidos en instalaciones separadas, tuvo consecuencias devastadoras para estos niños. (Biden también continuó con esta política durante algún tiempo). Tales medidas podrían provocar una reacción grave por parte de segmentos de la sociedad que defienden ferozmente los derechos de los inmigrantes y refugiados. En el escenario internacional, estas contradicciones pueden verse agravadas por la actitud abrasiva que Trump adopta con frecuencia en las relaciones con otros países.

Hay que subrayarlo: de ahora en adelante, las características definitorias de la sociedad estadounidense incluirán dureza, tensión, polarización, caza de brujas ocasional, violaciones de derechos humanos, pobreza cada vez mayor y conflictos masivos en instituciones vulnerables como prisiones, escuelas y barrios empobrecidos. La calma, el civismo y la moderación en la vida cotidiana pasarán a un segundo plano. Estos acontecimientos podrían incluso conducir a conflictos callejeros entre importantes grupos sociales.

Un punto crítico a monitorear es cómo evoluciona la tendencia del movimiento MAGA hacia la formación de pandillas y el armamento. Otra cuestión apremiante es cómo responderá el alto mando militar si el ejército se despliega contra el público. Durante el primer mandato de Trump, su jefe de gabinete, Michael Mulley, actuó como una barricada contra Trump.

Política revolucionaria

Argumentamos anteriormente que la identificación y el diagnóstico tempranos permiten medidas, tácticas y estrategias políticas oportunas alineadas con los intereses de la clase trabajadora y los oprimidos. El Partido Revolucionario de los Trabajadores (DIP) ha sido claro sobre la política que se debe seguir porque identificó el ascenso global del protofascismo como un peligro ya en el punto de inflexión de 2015-2016. Sin embargo, la izquierda liberal, la izquierda posleninista e incluso aquellas tendencias revolucionarias que están influenciadas por ellas continúan debatiendo si estos movimientos son “populismo”, “extrema derecha”, “postfascismo” o algo más, sin lograr reconocer el (proto)fascismo cuando lo ven.

Nuestro acercamiento a la línea de lucha es inequívoco. Por supuesto, algunas cuestiones variarán de un país a otro. Pero una lucha eficaz contra el fascismo requerirá principalmente la siguiente orientación:

- Construir una izquierda socialista que luche dentro y para la clase trabajadora, reemplazando a los partidos socialistas o socialdemócratas atrapados en políticas identitarias y dominados por la pequeña burguesía y sus aliados proletarios o semiproletarios educados;
- Regresar al marxismo para asegurar que esta construcción sea posible y exitosa;
- Defender los intereses de otros grupos trabajadores u oprimidos y unir a las masas explotadas y oprimidas en

una alianza en torno a la clase trabajadora para derrotar al fascismo;

- Conectar a todas las organizaciones de la clase trabajadora (incluidas las reformistas o economicistas, siempre que sean de clase trabajadora) en un frente único de trabajadores contra el fascismo;
- Marchar por separado, pero golpear juntos en este frente sin permitir que se mezclen pancartas;
- Organizar la autodefensa, involucrar activamente a la clase trabajadora y a los jóvenes en áreas aterrorizadas por los fascistas y, enseñar a los participantes, técnicas de autodefensa y el uso de herramientas para responder a la confrontación física;
- Evitar alianzas, incluso en tácticas de frente único, con partidos disfrazados de "izquierda" pero que sirven a los intereses de la pequeña burguesía moderna y acomodada y sus aliados (por ejemplo, el Partido Socialista de Francia);
- Para Estados Unidos: aplicar tácticas independientes del Partido Demócrata para crear una alternativa al mismo;
- Trabajar pacientemente para establecer una alianza entre la clase trabajadora de la nación dominante y los grupos oprimidos, a pesar de prejuicios profundamente arraigados en los primeros;
- Oponerse a la idea del Frente Popular, que implica luchar contra el fascismo bajo la sombra de la burguesía y en alianza con ella;
- Reconocer que la lucha contra el fascismo, en una determinada etapa, podría crear oportunidades revolucionarias a través del surgimiento de la lucha de clases, y evitar etapas impuestas artificialmente antes de esto.

Volviendo a Estados Unidos, señalamos anteriormente que se espera que el Partido Demócrata enfrente una crisis de ajuste de cuentas y recuperación en el próximo período. En este

contexto, los socialistas deberían exponer las debilidades de este partido, que arrastra a las masas a un vórtice, y trabajar para establecer un partido que, como mínimo, tenga el carácter de un frente o, idealmente, agrupe diversas tendencias bajo un programa basado en la lucha contra el fascismo.

Estados Unidos está entrando en un periodo tumultuoso. Como principal potencia económica y militar del mundo, sin duda arrastrará al mundo a este abismo. Debemos prepararnos para luchar contra la barbarie.

Sungur Savran es uno de los editores del periódico *Gercek* (Verdad) y de la revista teórica *Devrimci Marksizm* (Marxismo Revolucionario), ambas publicadas en turco, así como del sitio web *RedMed*.

Texto publicado originalmente en:
<https://gercekgazetesil.net/english/barbarism-enters-white-house>

[1] <http://www.devrimcimarksizm.net/sites/default/files/thegreatestchallengesungursavran.pdf>

[2] <https://gercekgazetesil.net/english/beast-brink-abyss-6-january-takeover-congress-building-usa>

[3] <http://www.devrimcimarksizm.net/sites/default/files/thereturnofbarbarismfascisminthe21stcentury1historicalrootsclassicalfascismsungursavran.pdf>